

CAPITULO II.

1620-1628

Mision de Fuensalida y Orbita al Petén.—Es acogida favorablemente por Canek.—Incidente que la hace peligrar.—Se retira sin haber conseguido su objeto.—Vuelve á la isla con poderes del gobernador y consigue que reconozca el dominio español.—Resultado final de la expedicion.—Gobierno de Arias Conde y de D. Diego de Cárdenas.—Francisco Mirones intenta la conquista de Itzá.—Campamento en Sacluum.—Un misionero y su escolta son asesinados en la isla.—Corren igual suerte todos los expedicionarios en el momento de acometer su empresa.

La sumision espontánea de los Itzáes, hecha ante D. Antonio de Figueroa por los embajadores de Canek, animó á los franciscanos á enviar misioneros que redujesen aquel territorio al gremio de la iglesia católica. El provincial de la orden se fijó para este objeto en los padres Juan de Orbita y Bartolomé de Fuensalida, y obtenido el beneplácito del obispo, se pensó en implorar la ayuda del gobernador Briseño, con el fin de que la mision encontrase amparo en todos los lugares de

—207—

su tránsito. Parece que éste no accedió á cuanto se le pedia, y los religiosos hubieron de emprender su marcha sin elementos oficiales de ninguna clase, aunque cargados de cruces, medallas y cuentas de vidrio con que los obsequiaron los colonos. Dirigiéronse en primer lugar á Salamanca, atravesando con valor grandes despoblados y tierras de idólatras, y tuvieron la fortuna de llegar sanos y salvos á aquella villa, cuyo alcalde les ofreció toda su proteccion. Aceptáronla con reconocimiento los frailes, y en union de este funcionario se trasladaron á Tepú, pueblo que hoy ha desaparecido del mapa, y que entónces constituia el límite de las posesiones españolas en aquella region.

Fuensalida, que era el jefe de la mision, creyó conveniente detenerse allí para sondear la voluntad de Canek, ántes de penetrar en su territorio. Habia entre los habitantes de Tepú un indio llamado Francisco Cumux, de quien se asegura que descendia de los antiguos reyes de Cozumel. De éste se valió el religioso para ejecutar su designio, y le envió á Canek con una carta en que le pedia licencia para visitar su isla y predicar en ella el cristianismo, garantizándole que no llevaria consigo ningun hombre de armas, como podria persuadirse, enviando vasallos suyos que examinasen su comitiva. Quince dias despues volvió el mensajero acompañado de algunos señores Itzáes, los cuales manifestaron á los religiosos que podian pasar cuando quisiesen al Petén, pues así lo habia declarado su soberano de acuerdo con el pueblo. Llenos de esperanzas Fuensalida y Orbita se pusieron en camino el dia 15 de agosto de 1618; y aunque experimentaron grandes dificultades y dilaciones en su marcha por la torpeza ó mala fé de sus guías, al fin llegaron á las riberas de la laguna, en cuyo centro se alzaba la isla que hacia dos siglos servia de último refugio á los Itzáes. Embarcáronse una tarde en dos canoas que el mismo Canek les mandó, y á las diez de la noche pu-

sieron el pié en la isla al resplandor de las teas, con que el rey y su numerosa comitiva salieron á recibirlos.

Al día siguiente, los franciscanos resolvieron comenzar desde luego sus trabajos, haciendo previamente á Canek una visita, que parecía exigir la cortesía. La casa del cacique, lo mismo que la de sus huéspedes, se hallaba situada en una plaza de grande extension, la cual contenia en aquellos momentos una multitud de curiosos, que se habian reunido allí con el objeto de ver á los extranjeros. Holgáronse éstos de la reunion, y así, despues de haber pedido al cacique licencia para visitar la isla, salieron á la plaza, y Fuensalida, que conocia perfectamente la lengua maya, comenzó su catequismo por medio de un discurso, que creyó adecuado á las circunstancias. El mismo Canek salió á escucharle, y así éste como todos sus vasallos, le dejaron hablar cuanto quiso. El misionero, despues de exponer brevemente los principios del cristianismo, recordó al auditorio que varios profetas de su nacion le habian vaticinado que abrazaria la religion de la Cruz, y levantando un crucifijo que llevaba en la mano, le exhortó á que reconociese en él, la insignia que le habia sido anunciada. Los itzdes rompieron entónces el silencio que hasta allí habian guardado, y aunque no negaron precisamente la autoridad de sus profetas, segun se asegura, respondieron que aún no habia llegado el tiempo de que abrazasen la religion extranjera. Los franciscanos no se desanimaron con el éxito de esta primera tentativa, y como ya tenian el permiso necesario para visitar la poblacion, emprendieron su marcha hácia el interior, seguidos de un gran número de curiosos.

La corte de Canek contendria por aquella época unas doscientas casas, en cada una de las cuales vivia una numerosa familia, y diez ó doce templos, cuyas grandes dimensiones hicieron recordar á los religiosos los de Yucatan. Descollaba entre éstos el de *Tzimin Chac*, al cual se le representaba bajo

la figura de un caballo, sentado sobre las ancas, encorbados los piés y levantado sobre las manos. El origen de este dios era muy singular y una prueba de la simplicidad primitiva de que estaban dotados los itzdes. Cuando Hernan Cortés pasó un siglo ántes por aquel territorio, durante su expedicion á Honduras, dejó en el Petén un caballo, que por enfermo no pudo continuar la marcha. Suplicó á sus habitantes que se lo cuidasen y les dijo que lo recogeria á su vuelta. Pero el conquistador de México no volvió por allí, y los sencillos itzáes se propusieron tratar á aquel huésped de naturaleza desconocida con todo el esmero que les dictaba su deseo de complacer á los españoles. Colocaron al caballo en una de las mejores casas de la isla, le daban á beber *pitarrilla* y le servian en la comida conejos, gallinas y otras aves que cazaban en los bosques. Este tratamiento tuvo un éxito muy natural: el caballo se murió de hambre. Asustados los isleños ante este cadáver, convocaron una numerosa asamblea para discutir el partido que debia adoptarse, en el caso de que el depósito fuese reclamado. Entónces los sábios de la nacion acordaron que se hiciese un caballo de mampostería, y que se le colocase en uno de los templos de la isla, á fin de que viera Hernan Cortés cuando volviese, que si su servidor habia perdido la vida en el Petén, en cambio le habia colocado en el número de sus dioses. El nombre de *Tzimin Chac*, con que desde entónces fué conocido y que significa *caballo del trueno*, provino sin duda de que los indios creian que el mismo caballo despedia rayos, cuando el jinete que lo montaba disparaba sus armas de fuego.

Se cuenta que el celo apostólico del padre Orbita se enardeció cuando vió este ídolo, y que montando sobre él, le hizo pedazos con una piedra, que arrancó del templo. Añádese que despues de ejecutado este acto de audacia, el rostro del misio-

nero se puso tan hermoso, como si hubiese estado animado de un espíritu sobrenatural (1). A pesar de esta trasformacion, el agravio hecho al culto nacional indignó á los naturales, y los gritos de *muera el extranjero!*, circularon entre el concurso. Pero entónces Fuensalida volvió á enarbolar su crucifijo y prorrumpió en un discurso sagrado en que amenazó con el fuego del infierno á los adoradores del *Tzimin Chac* y brindó con las alegrías celestiales á los que creyesen en la Cruz. Preténdese que esta energía calmó el tumulto y que los franciscanos volvieron sanos y salvos á su domicilio.

Fuensalida y Orbita permanecieron algunos dias más en el Petén, aprovechando todas las ocasiones que se les presentaban para predicar el evangelio, é instando á Canek y sus súbditos á que recibiesen el bautismo. Pero todos respondieron, lo mismo que ántes, que aún no se habia llegado el tiempo en que los profetas habian anunciado que debian variar de religion. Sin embargo, los misioneros creyeron encontrar en el cacique mucha inclinacion al cristianismo, y se persuadieron de que el temor de desagradar á sus vasallos era el único obstáculo que le impedia abrazarlo desde luego. No es difícil en efecto que en el ánimo de aquel personaje fluctuase este último sentimiento con el deseo de agradar á sus poderosos vecinos, los españoles de la colonia. Los frailes habrian querido hablar algo de política en la isla, circunstancia que les habria dado la importancia de unos embajadores: pero como el gobernador de Yucatan no les habia dado ninguna clase de instrucciones, su mision tenia que ser puramente religiosa. Y como ésta habia fracasado yá completamente ante el amor que los

(1) Cogolludo, Historia de Yucatan, libro IX, capítulo IX—Villagutierrez y Sotomayor, Historia de la conquista y reduccion de los Itzáes y Lacandones, libro II, capítulo IV—Téngase presente que estos dos historiadores, ámbos eclesiásticos, tomaron todas sus noticias relativas á este episodio de nuestra historia, de una relacion que por órden de sus superiores, escribió el mismo Fuensalida, de todos los sucesos acaecidos en la mision de que formó parte.

itzáes profesaban á la religion de sus mayores, los franciscanos resolvieron abandonar por entónces la empresa, con el ánimo de volverla á acometer en ocasion más propicia.

Despidiéronse, pues, de los idólatras, regalándoles algunas cruces, y se embarcaron en una canoa, que fué apedreada en los momentos de desprenderse de la orilla. Algunos fanáticos llevaron más adelante sus hostilidades, porque metiéndose media hora despues en dos pequeñas embarcaciones, remaron con vigor y no tardaron en dar alcance á la que conducia á los franciscanos. Entónces armaron las flechas en sus arcos, y yá se disponian á dispararlas, cuando un indio de Tepú, llamado Gaspar Cetzal, que habia acompañado á los padres en su peregrinacion, detuvo á los agresores diciéndoles que no debia intentarse yá nada contra los que se retiraban voluntariamente. Los itzáes volvieron á meter las flechas en su macana, con la promesa que les hizo Gaspar de no volver á llevar á los extranjeros á su isla.

Vueltos los frailes á Tepú, Fuensalida determinó bajar á Mérida con el deseo de implorar de nuevo el auxilio del gobernador, sin el cual no creia poder adelantar nada en sus trabajos. Encontró á Briseño visitando la Sierra, y aunque éste le dijo como ántes, que no tenia órden del rey para ayudar con elementos de ninguna clase la empresa, le dió no obstante cartas para el alcalde de Salamanca, algunas órdenes para los caciques de la comarca y una autorizacion para estipular con Canek las condiciones con que podria someterse al dominio español. Satisfecho el misionero con este despacho, al cual daba la importancia que debe suponerse, volvió á reunirse con su compañero, y despues de varias dilaciones, con cuya relacion creemos inútil entretener al lector, ámbos surcaron por segunda vez la laguna de Itzá, seguidos de algunos indios de Tepú. Corria yá el mes de octubre de 1619, cuando atracaron al desembarcadero de la isla, en el cual yá le esperaban el ca-

cique y sus principales capitanes, dando señales en el rostro de lo mucho que les complacia la nueva visita.

Este recibimiento hizo concebir grandes esperanzas á los franciscanos y reanudaron sus interrumpidos trabajos, instando especialmente á los próceres de la nacion á que abrazasen el cristianismo. Todos escuchaban sus pláticas y sermones en silencio; pero Canek fué el único que dió muestras de ablandarse con una capitulacion que Fuensalida celebró con él, en nombre del gobernador de Yucatan. Se comprometió á reconocer el dominio español con la condicion de que el cacicazgo seria conservado en él y sus descendientes, que sus vasallos serian eximidos por diez años de pagar todo tributo á la corona y que solo pasado este plazo, podria imponérseles uno, muy moderado. A pesar de esta estipulacion, se negó, lo mismo que todos sus compatriotas, á recibir el bautismo. Mandó sin embargo erigir una gran cruz á las inmediaciones de su palacio, dió á los religiosos algunos criados para que los sirviesen, y ya se pensaba sujetar á la aprobacion del gobernador el tratado de que acabamos de hablar, cuando aconteció un suceso que dió al traste con la mision.

Por causas que la fisiología podrá tal vez explicar, el fanatismo religioso echa generalmente en el corazon de la mujer, raíces más profundas que en el del hombre. Los sacerdotes de Itzá que no debian desconocer esta verdad, resolvieron valerse de la esposa de Canek para perder á sus rivales, los franciscanos. Dijeron á ésta que los dioses pátrios estaban irritados por la proteccion que su marido dispensaba á los sacerdotes extranjeros, y la persuadieron á que ejerciese el ascendiente que tenia sobre él para que fuesen expulsados de la isla. La princesa india no tuvo embarazo en prestarse á esta intriga, y de conformidad con las instrucciones que habia recibido, invitó á su esposo á que concurriese al dia siguiente á una huerta que poseia en la tierra firme, donde oiria lo que tenian

qué decirle la nobleza y el sacerdocio. Acaso Canek intentó oponer alguna resistencia, porque la Eva de esta tentacion le amenazó con una separacion eterna. Entónces el débil marido se rindió á discrecion, y á la hora señalada concurrió á la cita.

Los misioneros no supieron nunca lo que pasó en la huerta, aunque el simple hecho de ver salir de la isla á casi todos sus habitantes, los llenó de inquietud. Redoblóse ésta cuando los itzáes volvieron de su expedicion, porque ninguno de ellos, incluso el mismo cacique, se acercó á hablarlos y saludarlos, como acostumbraban. Acostáronse á dormir con mucho recelo, y á la mañana siguiente los despertó un ruido inusitado, que se hacia en su alojamiento. Levantáronse apresuradamente y notaron que habia sido invadido por algunos indios, los cuales cargaban su equipaje y lo conducian al embarcadero. Quisieron saber la causa de este movimiento, y entónces se les informó que por órden de Canek, debian abandonar inmediatamente la isla. Orbita quiso oponerse con algunas palabras á esta violencia, pero un indio le asió de la capilla y se la torció al cuello con tanta fuerza, que el pobre fraile cayó en tierra sin sentido. Entónces otro indio se lo echó á las espaldas, como si se tragara de un fardo, y lo arrojó á una canoa, donde no tardó en seguirle Fuensalida. Ambos religiosos se volvieron rápidamente á Mérida, sin detenerse en Tepú mas tiempo que el muy necesario, porque ya comenzaban á notarse en aquella region, los síntomas del alboroto que mas tarde debia estallar.

Tal fué el éxito de la primera tentativa que hicieron las autoridades civiles y eclesiásticas de Yucatan para aumentar las posesiones de la colonia con el territorio del Peten Itzá. Ella fué entónces infructuosa; pero proporcionó datos y preparó el camino para las expediciones ulteriores, y Fuensalida y Orbita tienen el derecho de reclamar un puesto honroso en la historia de nuestra civilizacion.

El 3 de Setiembre de 1620 tomó posesion del gobierno y capitanía general de la provincia, el capitan Arias Conde de Losada y Taboada, nombrado interinamente por el marqués de Guadalcazar, virey de la Nueva España (2). Asegura un cronista que este gobernador se dedicó á enriquecerse y que uno de los medios que encontró para alcanzar su objeto, fué el de repartir tierras para poblar de ganado. (3).

El capitan Arias fué sustituido por D. Diego de Cárdenas, caballero del órden de Santiago, el cual tomó posesion de su destino en el mes de Setiembre de 1621. D. Diego se hizo amar mucho en la colonia, por las buenas cualidades que le adornaban, entre las cuales sobresalian su desprendimiento y caridad. Se asegura que alivió muchas miserias y que la noche que precedió al dia en que debia salir de Mérida para volver á España, no bastándole el dinero que tenia en el bolsillo para socorrer á todos los pobres que habian invadido su casa, se quitó del cuello una cadena de oro que valia trescientos pesos, y con su daga la fué cortando en pedazos para distribuirla entre las manos que se le alargaban. La provincia gozó de paz y tranquilidad durante su administracion, que duró cuatro años, y cuando ésta se terminó, consiguió del rey una encomienda en un corto viaje que hizo á la metrópoli, y despues volvió á Mérida, donde su numerosa descendencia conserva todavía un grato recuerdo de sus virtudes.

Acababa de entrar al gobierno D. Diego de Cárdenas cuando se le presentó el franciscano Diego Delgado, enseñándole una licencia que tenia del superior de su órden para predicar el cristianismo en las regiones que quedan al medio dia de la Sierra, que aun no estaban sujetas á la corona española. El gobernador le autorizó para dar principio desde luego á su

(2) Segun el Dr. Lara, el capitan Arias entró al gobierno el 28 de Agosto de 1619.—La fecha adoptada en el texto, es de Cogolludo.

(3) Lara, apuntes citados.

mision y le dió todos los auxilios que podia necesitar. El religioso se trasladó sin pérdida de tiempo á Hecelchakan, y habiéndosele reunido allí algunos indios cristianizados que quisieron acompañarle, se internó en aquellas montañas, donde no le habia precedido otro europeo que el padre Juan de Santa Maria, de quien en otra parte hemos hablado. Este misionero habia fundado allí un pueblo al que dió el nombre de *Sacluum*, y Delgado lo repobló poco á poco con los indios que andaban esparcidos por los montes y que comenzaban á escuchar su doctrina. En poco tiempo la nueva poblacion llegó á tener un buen número de habitantes, y el religioso, usando de una autorizacion que tenia del gobernador, le nombró cacique, alcaldes y regidores, á fin de que se gobernase por sí mismo, como los demás pueblos indios de la península.

Cuando la noticia de este éxito hubo llegado á Mérida, se le consideró de buen augurio para empresas de mayor importancia y varios colonos se propusieron acometerlas. El capitan Francisco Mirones pidió licencia al gobernador para conquistar con sus propios recursos el Peten, y aunque la corte no habia autorizado aun aquella reduccion por medio de las armas, D. Diego dió el permiso que se solicitaba, mediante una capitulacion, que debia ser sometida al exámen del Consejo de Indias. El concesionario comenzó desde luego á hacer sus preparativos, y con cincuenta hombres que desde luego pudo reunir, se trasladó á Sacluum, dejando en Mérida un apoderado, que debia reunirle mas gente hasta el número que fuese necesario para acometer la empresa.

Francisco Mirones habia sido juez de grana ó corregidor en la costa, y si el lector recuerda que estos empleados no eran mas que unos agentes de los gobernadores para la explotacion de los repartimientos, ya se comprenderá que el capitan estaba avezado á los abusos inherentes á su antiguo empleo. Luego que se situó en Sacluum, comenzó sus tratos y grangerias acos-

tumbradas, á pesar de la repugnancia de Fr. Diego, quien preveía que este comercio llegaría tarde ó temprano á exasperar á los indios. Comunicó sus temores al capitán con la esperanza de hacerle variar de conducta; mas como éste no la reformaba y hacia mas de un año que permanecía en Sacluum, porque no le llegaban los recursos que necesitaba, el misionero, previa licencia de sus superiores, determinó abandonarle. Dirigióse con este objeto á Tepú, y aunque no habia abierto ningun camino y las dificultades del tránsito parecían insuperables, los indios que le habian acompañado desde Hecelchakan, supieron allanárselas, y llegó sin ningun contratiempo al término de su viaje.

Luego que Mirones notó la falta del misionero, despachó doce hombres en su seguimiento, ordenándoles que le volvieran á Sacluum, y que si rehusaba obedecer, le acompañasen á donde quiera que fuese. Los soldados siguieron las huellas del fugitivo y lograron alcanzarle; pero no habiendo conseguido hacerle volver al campamento, le siguieron hasta Tepú. Desde allí el fraile pidió licencia á Canek para visitar su isla, y habiéndola conseguido sin ninguna dificultad, se trasladó al Peten con los doce españoles y unos ochenta indios de Tepú, que quisieron formar parte de la expedición. El cacique recibió á sus huéspedes con afabilidad; pero cuando éstos se hallaban ya reposando en su alojamiento, muy satisfechos de la acogida que se les habia dispensado, un gran número de guerreros cayó sobre ellos, y ántes de que pudieran defenderse, los ataron de piés y manos y los condujeron á un templo cercano. Era éste de figura piramidal, y en la cima se elevaba el altar de los sacrificios. Los doce españoles y algunos de los indios de su comitiva fueron colocados de uno en uno sobre esta ara sangrienta y asesinados bárbaramente, arrancándoles del pecho el corazón, para ofrecerlo á los dioses. El misionero fué el último que subió el cerro fatal, y se dice que murió con va-

lor, predicando hasta el último momento á sus asesinos, la religión de Cristo. El último acto del sacrificio fué cortar la cabeza á las víctimas, y sembradas todas sobre unas estacas, fueron colocadas en el lugar mas visible del templo.

Miéntas se verificaban en el Petén estos sucesos, el capitán Mirones, cansado de no tener noticia de Fr. Diego y su escolta, despachó á un criado suyo, llamado Bernardino Ek, para que adquiriese noticia de los viajeros. Le acompañaron dos soldados españoles, los cuales habiendo sabido en Tepú que las personas á quienes buscaban habian ido á Itzá, se dirigieron también á la isla. Allí fueron aprehendidos al desembarcar y conducidos á un corral, defendido por una fuerte empalizada. Los presos intentaron fugarse durante la noche; pero solo lo consiguió Bernardino Ek, el cual llegó al cabo de muchos días á Salamanca, donde dió cuenta al alcalde de todo lo que habia pasado en los dominios de Canek.

Cuando la noticia de todos estos pormenores llegó á Sacluum al principiar el año de 1624, yá Francisco Mirones se disponia á continuar su expedición, y solo aguardaba que se le reuniese una fuerza que se hallaba en Maní, al mando del capitán Juan Bernardo Casanova. Pero entónces ocurrió un suceso terrible, ocasionado por un descuido. Un fraile, llamado Juan Enriquez que habia ido al campamento en sustitucion de Fr. Diego, se propuso celebrar con solemnidad la fiesta del dos de Febrero, á cuyo efecto concurrieron á su iglesia Mirones y sus soldados, con excepcion de uno solo, á quien dejaron de guardia en su campamento. Los indios que todo lo observaban, cayeron súbitamente sobre este desgraciado, le asesinaron, sin darle tiempo para exhalar un grito, y apoderándose de todas las armas que encontraron, corrieron á la iglesia. Pusieron guardas en las puertas, y los españoles que no pudieron huir ni aún defenderse, porque casi todos estaban desarmados,

fueron aprehendidos y maniatados, incluso el fraile que celebraba la misa. Acaudillaba á los sublevados un sacerdote gentil, llamado H-Kin Ppol, el cual sacó á Mirones una daga que llevaba pendiente del cinto, y con ella le abrió el pecho y le arrancó el corazon. La misma suerte corrieron despues el P. Enriquez y todos los prisioneros, y sus cadáveres clavados en unas estacas, fueron colocados en el camino, por donde se sabia que debia entrar Casanova, con el refuerzo que traia de Maní. En seguida los amotinados dieron fuego á la poblacion, que toda se componia de casas de paja y huyeron á los bosques.

Esta hecatombe, de que se tuvo noticia al dia siguiente por los que iban á auxiliar á Mirones, horrorizó no solamente á los españoles, sino hasta á los mismos indios. Un cacique de las inmediaciones, llamado Fernando Camal, persiguió á los agresores con tanta constancia y sagacidad, que muchos de ellos cayeron en sus manos. Conducidos á Mérida, fueron castigados con la pena del talion, despues de haberse confesado y comulgado, excepto el orgulloso H-Kin Ppol, que quiso morir en la religion de sus mayores.



CAPITULO III.

1628-1636

Gobierno de D. Juan de Várgas.—Excesos que comete.—Destituye á los oficiales reales.—Despacha la real audiencia de México al visitador Iñigo de Argüello.—El gobernador se opone á su comision.—Conflicto en la colonia.—Interviene el obispo, excomulgando á Várgas.—El visitador le depone y le envía á México.—Su muerte.—Nómbrese gobernador interino á D. Fernando Zenteno Maldonado.—Pié-de-palo y Diego el mulato se apoderan de Campeche.—Pormenores de esta expedicion.—Administracion de D. Gerónimo de Quero.—Vuelve Zenteno al gobierno y le sustituye Andrés Pérez Franco.

D. Juan de Várgas, caballero del órden de Santiago y descendiente de una antigua familia española, fué nombrado por el rey gobernador y capitán general de la colonia, y comenzó á regentear ámbos destinos el 15 de setiembre de 1628 (1). La administracion de este caballero estuvo preñada de contrariedades y borrascas, debidas acaso á la prisa que se daba para

(1) Segun el Dr. Lara este suceso tuvo lugar el 15 de setiembre de 1625.—Es evidentemente una equivocacion, acaso del copista ó del impresor.